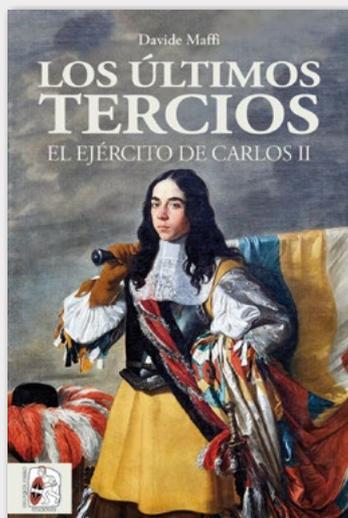


Contra la Leyenda Negra del Hechizado

Frente a la tradicional imagen decadentista del reinado de Carlos II, Davide Maffi, consagrado experto en la historia de la Monarquía Hispánica, nos presenta una Corona y unas fuerzas armadas capaces de despertar el respeto y la admiración de aliados y enemigos.



Los últimos tercios.
El Ejército de Carlos II
978-84-121053-5-3
364 páginas + 8 en color
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 24,95 €

La tradición nos presenta el reinado de Carlos II como una época marcada por los desastres, con la España del último Austria en plena crisis, sumida en la decadencia e incapaz de defender sus posesiones contra las agresiones de sus enemigos. Sin medios, con unas fuerzas armadas ridículas, mandadas por generales incompetentes, coléricos y vanidosos, el poderoso imperio se había reducido a poco más que un pobre cuerpo carcomido, enfermo, que esperaba su sombrío final. Ante este cuadro nos surge una pregunta: ¿fue en realidad el reinado de Carlos II tan nefasto como la historiografía tradicional nos ha dado a entender hasta ahora? Davide Maffi, uno de los mayores expertos en los ejércitos de la España imperial, nos sitúa en una época de grave crisis en la que las capacidades de la Monarquía Hispánica se hallaban muy lejos de su clímax, pero en la que, a pesar de las dificultades, las fuerzas de la Corona demostraron mantener una capacidad notable que le hicieron merecer el respeto de los adversarios y el de los aliados. La aportación militar hispana, desgranada punto por punto en este trabajo, resultó fundamental para frenar las ambiciones de la Francia de Luis XIV y el ejército de Carlos II se reveló, en última instancia, como una fuerza en constante evolución en consonancia con la época. Además de trazar un minucioso recorrido por las grandes contiendas de la época y las vastas fronteras de la Monarquía, de Flandes a Berbería y de Nápoles a América, Maffi profundiza en los entresijos de este ejército, desde el reclutamiento en los distintos reinos de la Monarquía y la oficialidad profesional hasta la organización, las tácticas y el armamento de las tropas, sin olvidar los aspectos fundamentales sobre el arte de la guerra en una época de cambios.

«Una obra luminosa que disipa falsos ocasos».

Julio Albi, autor de *De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles*



Davide Maffi es investigador en la Università di Pavia. Está especializado en la historia militar de la Lombardía en los siglos XVI y XVII y en general en la de la Monarquía Hispánica. Entre sus publicaciones destacan *Il Baluardo della Corona* (Le Monnier università, 2007), *La cittadella in Armi* (Franco Angeli, 2010), *En defensa del Imperio* (Actas, 2014) y *Los últimos tercios. El Ejército de Carlos II* (Desperta Ferro Ediciones, 2020).

Disponibile el miércoles 2 de septiembre. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SE HA DICHO SOBRE EL LIBRO

«Una vez más, hay que agradecer a Davide Maffi una obra luminosa que disipa falsos ocasos».

Julio Albi, autor de *De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles*

«El libro del Prof. Maffi se convertirá en un clásico de la historiografía militar sobre los Austrias gracias a su magistral manejo de las fuentes documentales y a la constante comparación que hace con otros ejércitos europeos coetáneos. Nos encontramos, por tanto, ante una obra innovadora que desecha de una manera irrefutable el mito de la decadencia».

Eduardo de Mesa, autor de *La Pacificación de Flandes. Spínola y las campañas de Frisia (1604-1609)*

«La nueva obra del reputado historiador Davide Maffi, *Los últimos tercios. El Ejército de Carlos II*, aborda con soltura y profundidad a partes iguales la faceta militar de uno de los reinados menos conocidos de la historia de España. Tenemos entre manos la obra definitiva sobre el ejército el último Austria, su funcionamiento y sus campañas».

Àlex Claramunt Soto, director de *Desperta Ferro Historia Moderna* y coautor de *Los Tercios*



La batalla de Senefé (ca. 1674-1690), óleo sobre lienzo de Adam Frans van der Meulen (1632-1690) y su taller; colección privada.

ÍNDICE

Introducción

- 1 LA MONARQUÍA EN GUARDIA: LAS GUERRAS EUROPEAS**
- 2 LOS EJÉRCITOS REALES**
- 3 LOS SOLDADOS DEL REY**
- 4 LA CARRERA DE LAS ARMAS**

Conclusiones

Bibliografía

Índice analítico

INTRODUCCIÓN

En la historiografía española, el reinado de Carlos II nunca ha tenido buena fama. Las características del último monarca de la dinastía de los Austrias, enfermizo, estéril y con poca capacidad intelectual, fruto de varias uniones matrimoniales entre primos con las consecuencias que eso conlleva, nos ha acostumbrado a considerar la historia de este reinado como una época marcada por una serie de desastres. Con la monarquía en plena crisis y un periodo de decadencia sin fin que veía la España del postrero de los Austrias incapaz de poder defender sus posesiones de las agresiones de sus enemigos. Sin medios, con unas fuerzas armadas ridículas, mandadas por unos cuantos incompetentes, coléricos y vanidosos, el poderoso imperio se había reducido a apenas un pobre cuerpo carcomido, enfermo, que estaba esperando sombríamente su fin.

Un dramático cuadro en el que los historiadores partidarios de la nueva dinastía borbónica durante el siglo XVIII pusieron todo su empeño para hacerlo todavía más negativo y justificar el cambio dinástico, así como exaltar las capacidades de los nuevos monarcas en sus intentos de recuperación y renovación del exangüe cuerpo de España. Esta visión, seguramente, es interesada, se ha recuperado sin ningún argumento crítico por parte de los historiadores decimonónicos y ha llegado intacta hasta nuestros días, prácticamente. También en años recientes varios historiadores han retomado la perspectiva clásica de un imperio agonizante y no han ahorrado críticas acerca de la gestión política y militar de la monarquía durante esa época, con el resultado de perpetuar una visión estereotipada acrítica del reinado del último descendiente de una dinastía gloriosa.¹

Pero ¿en realidad fue el reinado de Carlos II tan nefasto como la historiografía tradicional nos ha dado a entender hasta ahora? Es posible que nos encontremos en una época de graves crisis y en la que las capacidades monárquicas estaban muy lejos del clímax del reinado de los Austrias mayores. Sin embargo, a pesar de todas estas dificultades, la monarquía demostró poseer unas fuerzas vitales inesperadas que le permitieron sobrevivir a las severas dificultades de esos años. La visión clásica de un país abandonado a sí mismo, gobernado por unos incapaces, sin medios y sin fuerza de voluntad ha empezado a matizarse seriamente en las últimas décadas y se ha puesto en evidencia la disposición de resistencia demostrada por la monarquía y sus capacidades de adaptación en un mundo que cambiaba a toda prisa.²

También el Ejército, considerado el auténtico eslabón débil de la estructura, demostró mantener unas aptitudes notables, que le hacían merecedor del respeto tanto de aliados como de adversarios. No solo la aportación militar hispana, tan criticada, resultó siempre fundamental para frenar las ambiciones de la Francia de Luis XIV, al final, el contingente de Carlos II fue uno de los ejércitos más importantes que se movilizaron contra el monarca galo y desempeñó siempre un papel de gran importancia.

El presente trabajo intenta reconstruir la trayectoria del instrumento militar del último Austria para demostrar cómo, a pesar del periodo de crisis, este siguió siendo un conjunto formidable del cual los adversarios de la monarquía debían tener debida cuenta.

CAPÍTULO 1

EL PRIMER GOLPE: LA GUERRA DE DEVOLUCIÓN (1667-1668)

El 24 de mayo de 1667 las tropas francesas entraban en los Países Bajos españoles y empezaba así la susodicha Guerra de Devolución. Se le dio este nombre porque la causa del conflicto fue la ausencia del pago de la dote de la infanta María Teresa, casada, en virtud de los acuerdos de la Paz de los Pirineos, con Luis XIV. Sin el abono de la cuantiosa cantidad de dinero prometido en su momento, el rey francés consideraba nula aquella parte del tratado por la cual su mujer había renunciado a sus derechos sobre los territorios flamencos y valones, cuyas leyes preveían que las hijas de los primeros matrimonios, el caso de la joven princesa, gozaban del derecho de precedencia sobre los varones nacidos de sucesivos matrimonios. Por tanto, el monarca francés pretendía ahora que una parte de la herencia de su mujer, en particular una parte de los territorios de Flandes, pasase a su control.¹⁸

Ese enfrentamiento no ha gozado nunca de mucha fama historiográfica. La mayor parte de los trabajos acerca de las guerras de la segunda mitad del siglo XVII dedica apenas unas pocas líneas a este conflicto y lo considera tan solo un simple paseo militar durante el cual las huestes galas, gracias a su abrumadora superioridad numérica, habían devastado y sometido gran parte del territorio de las provincias leales sin apenas encontrar oposición.¹⁹ Aisladas, sin posibilidad de recibir socorro, con la monarquía abandonada sin aliado alguno para encarar los asaltos galos,²⁰ las provincias leales se encontraron a merced de sus adversarios y en pocas semanas unas cuantas plazas de los Países Bajos meridionales habían abierto sus puertas a las fuerzas enemigas, en muchas ocasiones casi sin lucha. Así, el 17 de junio claudicó Ath, que había sido abandonada por su guarnición dada la imposibilidad de ofrecer resistencia. El 24 del mismo mes se rindió Tournai sin que los franceses hubiesen abierto

una brecha en sus murallas. El 7 de julio, después de tres días de sitio, capituló Douai y poco después Courtrai, que aguantó también solo tres días. Oudenarde fue sometida el día 28 y en rápida sucesión siguieron Charleroi, Bergues, Furnes, Binche, Armentières y Alost. Solo frente a Lila los franceses tuvieron que parar su ofensiva, pues la plaza fue sometida a un salvaje bombardeo y abrió sus puertas el 27 de agosto después de unos veinte días de lucha.²¹

Como se puede apreciar, un panorama muy negativo que solo en los últimos años ha sido objeto de discusión.²² Si es cierto que el Ejército de Flandes padeció una alta reducción de sus efectivos a partir de 1660, cuando muchas unidades de veteranos, en particular una serie de tercios flamencos y de regimientos alemanes, fueron enviadas a combatir en la frontera de Portugal y que otros varios regimientos alemanes se desmovilizaron para poder ahorrar dinero,²³ en realidad, el dispositivo militar español en la región dio sólidas señales de recuperación a lo largo del conflicto al hacer frente, varias veces con éxito, a la agresión enemiga.

Lila, defendida por una guarnición de 2600 hombres, resistió con obstinación y solo la derrota del cuerpo de caballería de Marsin cerca de Gante –una derrota honorable, como nos recuerdan las fuentes, con las tropas del Ejército de Flandes que obligaron a los franceses a una dura y sangrienta lucha que al final dejó más muertos que el enemigo–²⁴ y el recordado bombardeo masivo de la ciudad obligaron por fin a la guarnición a rendirse.²⁵ El ataque contra Dendermonde se reveló un absoluto fracaso para los galos, que dejaron en el campo de batalla más de 3000 bajas y tuvieron que retirarse.²⁶ La caballería francesa fue superada en varias ocasiones por parte de los españoles, como le ocurrió a la columna de *monsieur* de la Haye, la cual fue interceptada y aniquilada por parte del príncipe de Ligne el 6 de agosto.²⁷ Cerca de Minot la infantería española supo contener y rechazar los embates de la caballería francesa y se organizó en un cuadrado con las picas que protegían a los mosqueteros, que lanzaron un fuego mortífero contra los atacantes.²⁸ A principios de octubre, un eufórico marqués de Castel Rodrigo podía afirmar no solo que todos los intentos de penetración enemiga se habían contenido, sino también que los galos habían perdido, en pocas semanas, más de 6000 hombres entre muertos, huidos y presos,²⁹ «hallándonos con tantos prisioneros que apenas tenemos donde meterlos, pues son muchos más los muertos pues ya de cansados matan los paisanos a quantos topan».³⁰



CAPÍTULO 1

LA ÚLTIMA CONTIENDA DE LOS AUSTRIAS: LA GUERRA DE LOS NUEVE AÑOS (1688-1697)

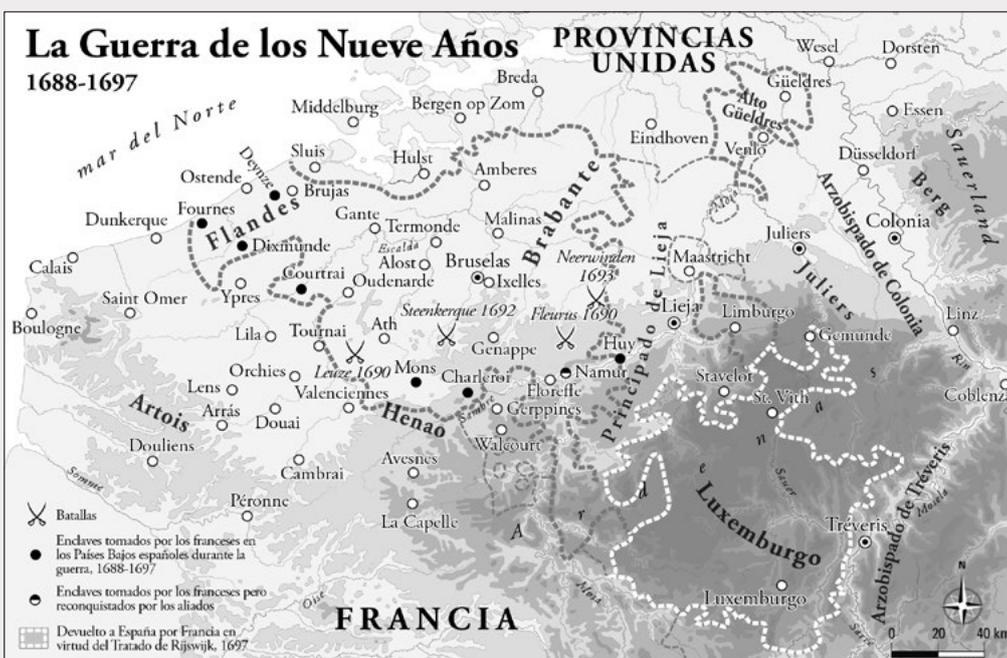
En la primavera de 1688, en este escenario de mudable inestabilidad política internacional, la grave enfermedad del príncipe arzobispo de Colonia, Maximiliano Enrique –de la noble casa Wittelsbach, señores de Baviera, un antiguo y fiel aliado de Francia que controlaba una serie de fortalezas estratégicas en la frontera alemana– abrió una profunda crisis en torno a su sucesión. El enfrentamiento que siguió a la muerte del elector, el 3 de junio, con Luis XIV que apoyaba al cardenal Fürstenberg, obispo de Estrasburgo; y el imperio, partidario del hermano del duque de Baviera, el joven José Clemente, vio en agosto la invasión del Ejército francés del territorio del electorado

a una nueva contienda.²⁵⁹ Con la intervención en el conflicto en la primavera siguiente de Inglaterra, España y Baviera, toda Europa Occidental, prácticamente, se había coaligado contra el monarca galo.

El papel de la monarquía española en este enfrentamiento casi siempre se ha subestimado. Los historiadores decimonónicos, aunque no solo ellos, han subrayado en varias ocasiones la debilidad de las fuerzas armadas de Carlos II: escleróticas, divididas, con cuadros de mando ineptos y arcaicos, incapaces de defender los diversos territorios de la Corona abandonados a sí mismos. Una compleja estructura destinada a sucumbir ante la ofensiva gala y salvada solo gracias a la intervención de los aliados y al oportunismo de Luis XIV, deseoso de hacerse con la herencia de Carlos II intacta.

En realidad, la aportación española al conflicto fue esencial para los planes de guerra aliados. En la estrategia general de Guillermo III, la capacidad española de atraer las reservas francesas en Italia y en Cataluña, dos frentes que el monarca inglés consideraba secundarios, era fundamental para la continuación de la lucha, dado que impedía a Luis XIV poder concentrar sus efectivos en Flandes.²⁶⁰

La intervención española en el conflicto fue uno de los objetivos principales de las diplomacias europeas. Francia e Inglaterra se mostraron particularmente activas para asegurarse el apoyo de la monarquía.²⁶¹ La actuación de las fuerzas armadas de la Corona en el norte de Italia, en particular con ocasión de la demolición de la fortaleza de Guastalla (1689) –cuando el conde de Fuensalida dio una demostración de fuerza impresionante al mover a todo el Ejército de Lombardía contra el filofrancés duque de Mantua–²⁶² resultó fundamental, así como la promesa del envío de hombres y dinero, para convencer al duque de Saboya, Víctor Amadeo II, de que abandonara la tradicional alianza francesa y entrara en guerra al lado de los coaligados.²⁶³ De hecho, el primer año de enfrentamiento fue favorable para las armas españolas y la contribución militar de la monarquía nada despreciable con sus ejércitos, los cuales recibieron el elogio de los aliados.



con la rápida ocupación de las plazas principales. A dicha maniobra le siguió la invasión del territorio del elector del Palatinado a finales de septiembre: una clara intimidación a los príncipes alemanes para que no opusiesen resistencia a los planes del gran rey en Colonia.

La agresión francesa, con la rápida conquista de las plazas principales, a la cual siguió la devastación del territorio del Palatinado,²⁵⁸ provocó una honda consternación en Europa y animó a los diversos y divididos príncipes de Alemania a coaligarse contra Luis XIV y formar una liga defensiva. La consiguiente declaración de guerra, en noviembre, por parte de Francia contra de Provincias Unidas, la revolución inglesa –con el fin de la dinastía de los Estuardo y la salida del trono de Guillermo III– cambió rápidamente el país. La intervención del emperador en diciembre hizo que, en pocas semanas, el viejo continente se viera sometido

CAPÍTULO 2

EL ARTE DE LA GUERRA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVII

El progreso de la «revolución militar» en la Europa de la primera Edad Moderna trajo consigo sustanciales modificaciones en el arte de la guerra, la cual se transformó gracias a tres importantes factores interdependientes: el uso diferente de la potencia de fuego, un tipo distinto de fortificaciones y el aumento de las dimensiones de los ejércitos.¹

Sin embargo, a pesar de la continua evolución de las técnicas de guerra y del aumento del poder destructivo de las nuevas armas, la tarea principal de un ejército, empeñado en las largas maniobras que caracterizaron a las operaciones militares de la época, no era la destrucción de las fuerzas enemigas (objetivo asumido a partir de la edad napoleónica), sino garantizar –con la ocupación de algunos puntos clave en un determinado territorio, como fortalezas o ciudades– la apertura de negociaciones con el enemigo partiendo de una posición de ventaja.²

La elección de esta estrategia dependía de una serie de factores que, de hecho, impedía que se llevase a efecto una guerra relámpago. Para empezar, el mal estado de las vías de comunicación, con carreteras que no permitían el desarrollo rápido de una ofensiva, a lo que se unía un aparato logístico insuficiente que no facilitaba el abastecimiento de las tropas lejos de sus bases de operaciones.³ Los contingentes estaban obligados a moverse con un aparato logístico enorme, carruajes y artillería imponentes que imposibilitaban a cualquier beligerante que sus unidades pudiesen maniobrar con presteza para conseguir en poco tiempo resultados decisivos.

Además, la ya recordada evolución de las fortificaciones, con la adopción de la *trace italienne* –el nuevo sistema de fortaleza bastionada provista de artillería que fue fundamental para encauzar el proceso de la revolución militar a finales del siglo XV, y que se difundió en las primeras décadas del XVI–,⁴ incrementó con posterioridad las dificultades para conducir las campañas de forma rápida.⁵ La proliferación de estos nuevos baluartes, que enseguida se popularizaron por todo el occidente de Europa, hacía prácticamente imposible a cualquier ejército la pronta y rápida ocupación de un territorio, lo que le obligaba a conquistar el país palmo a palmo.⁶

Tal evolución, la del arte de la fortificación, conoció un nuevo impulso a partir de la década de los sesenta del siglo XVII, cuando la fortaleza bastionada se modificó con la añadidura de nuevos baluartes, cortinas y bastiones. Gracias, sobre todo, a las innovaciones de dos verdaderos maestros del arte: Menno van Coehoorn y Sébastien Le Preste de Vauban.⁷ Bajo el impulso de estos dos grandes ingenieros, aunque no solo el de ellos, dado que el holandés copió, en parte, los modelos venecianos de las

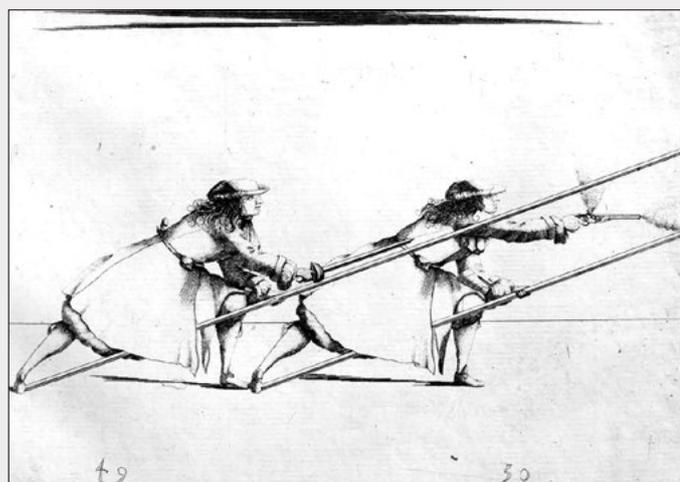
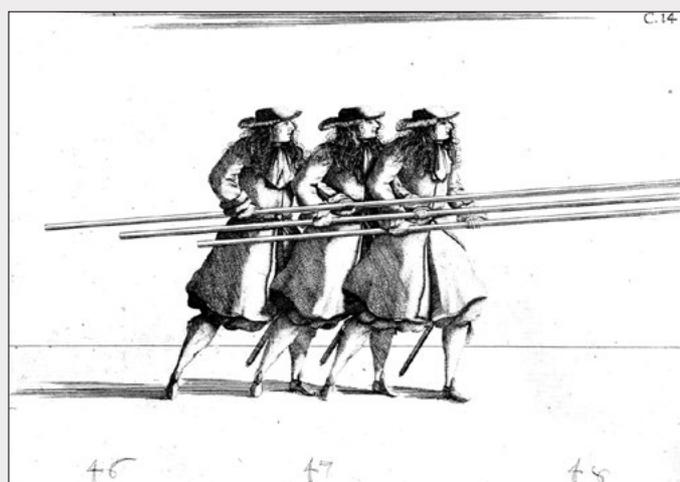
fortificaciones de Candía⁸ y el francés adaptó el diseño de los nuevos bastiones de las fortalezas españolas de los Países Bajos –el susodicho reducto a la Monterrey del nombre del gobernador que dio un espaldarazo a la construcción de nuevas defensas en Flandes–⁹, hizo así que rápidamente toda Europa occidental forjase sus fuertes levantándolos de acuerdo con estas nuevas ideas. Las nuevas técnicas de construcción preveían un uso más masivo de la artillería, la eliminación de los campos muertos de tiro ante las murallas con la creación de nuevas cortinas y bastiones, la construcción de varias tenazas así como entradas encubiertas desde donde los defensores podían lanzar sus salidas contra los sitiadores y, *last but not least*, el incremento del tamaño de las guarniciones, que tenían que actuar de manera más activa lanzando incursiones y ataques contra las líneas enemigas.¹⁰ Así, las murallas de ciudades y ciudadelas aumentaron de tamaño rodeadas por un número impresionante de bastiones y quedaban defendidas por miles de soldados con decenas de cañones. Citaremos solo algunos ejemplos, como Valenciennes, amparada por un parque de artillería que acumulaba 115 cañones durante el sitio de 1677.¹¹ O también Estrasburgo, que, con sus 260 piezas en 1681, hacía de ella una de las plazas más defendidas de Europa.¹²

En este ámbito del arte de la fortificación los españoles mantuvieron cierta superioridad con respecto a Flandes y Milán en particular, donde tuvieron lugar unos imponentes trabajos de edificación y de transformación de las viejas fortalezas. En los Países Bajos en concreto, a partir de 1660 puede observarse un intenso trabajo de renovación de las cortinas fortificadas, que mejoraron las defensas y que vieron su culmen en las dos décadas posteriores.¹³ Una compleja tarea que dio numerosos resultados, tantos que, a finales de siglo, «las plazas españolas se convertirán en el mejor laboratorio experimental de la época».¹⁴

La multiplicación de estas fortalezas obligaba a los atacantes a largos y costosos sitios, dado que era impensable dejar atrás obstáculos de esta naturaleza que podían no solo obstaculizar, sino paralizar por completo los sistemas de suministro de un ejército invasor. Las guarniciones de estos castillos podían lanzar peligrosas incursiones en profundidad contra las líneas de aprovisionamiento y bloquear las operaciones. El control de estos centros fortificados garantizaba también un punto de referencia al que poder retirarse en caso de necesidad y así aprovechar la artillería para detener las maniobras del adversario y obligarlo a presentar batalla en condiciones de absoluta inferioridad, con sus flancos hostigados por el fuego de los cañones.¹⁵

CAPÍTULO 2 ORGANIZACIÓN Y TÁCTICA

Durante el reinado de Carlos II, a pesar de algunos intentos por parte de ciertos nostálgicos arbitristas de volver al antiguo uso del pesado tercio de 3000 hombres, el tamaño de los tercios varió, por lo general, entre los 500 y los 1000 efectivos, si bien en algunas ocasiones podían ser más pequeños, sobre todo en los tercios de naciones (italianos, valones, borgoñones) o en las unidades extranjeras (irlandeses, ingleses, escoceses) o más grandes sobrepasando las 1000 unidades.²⁸⁶ Por las unidades de combates, el tratadista Sebastián Fernández de Medrano teorizó en 1677 una hueste de 468 soldados por batallón. Mientras que la ordenanza de 1 de mayo de 1685, promulgada por Francisco Antonio de Agurto, entonces maestre de campo general del Ejército de Flandes, preveía una cantidad estándar de 436 efectivos por batallón. En 1690, el conde de Fuensalida, entonces gobernador del Estado de Milán, afirmó con rotundidad que era



impensable formar unidades con una fuerza superior a los 600-700 militares porque las exigencias de la guerra moderna implicaban el uso de escuadrones reducidos, más móviles para desplegarse con rapidez en el campo de batalla.²⁸⁷

En este sentido, los españoles estaban perfectamente en línea con el modelo de los principales ejércitos europeos donde el batallón, unidad básica de la infantería, contaba con una fuerza entre los 500 y los 900 efectivos. En el momento de la Guerra de Holanda, la fuerza teórica de un batallón francés era de 800 plazas; algunos años después, la ordenanza de 15 de mayo de 1693 impuso un reparto con una fuerza de 715 efectivos.²⁸⁸ Más o menos, similar a la de un batallón inglés, cuya fuerza y composición no varió nunca entre 1680 y 1760 hasta alcanzar entre los 780 y los 930 hombres.²⁸⁹ También los holandeses fijaron las fuerzas de sus batallones en unos 700-800 hombres, aunque, en realidad, la dotación real siempre fue algo inferior y, en algunas ocasiones, no pasaba los 400.²⁹⁰

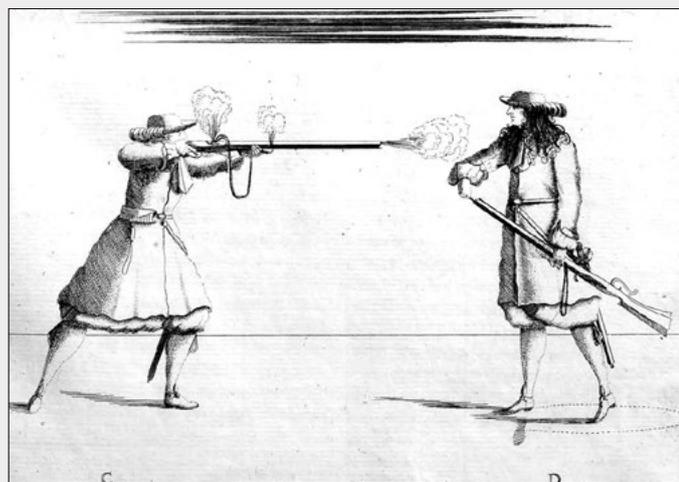
Al igual que el tercio, la compañía, la otra pata sobre la que se asentaba la estructura de las unidades de combate, experimentó una profunda reorganización. El tamaño clásico de 200-250 hombres de los decenios centrales del siglo XVI se redujo de manera progresiva. Las Ordenanzas Militares de 1603 hablaban ya con claridad de compañías de 150 hombres, para las unidades en servicio en la Península, y de 100 para aquellas acantonadas en Flandes y Milán.²⁹¹ El intento del conde-duque de Olivares de revitalizar la antigua estructura de los tercios con dichas Ordenanzas de 1632 pareció, entonces, apenas una tentativa de resucitar un sistema ya en crisis y tácticamente obsoleto, que no respondía, por cierto, a las necesidades de los comandantes en el campo de batalla. Estos, por propia iniciativa, habían intentado adaptar las estructuras de sus unidades a las exigencias de las nuevas tácticas de combate, las cuales necesitaban unidades más pequeñas y con más capacidad de maniobra, así como dotadas de mayor flexibilidad y un grado superior de adiestramiento y disciplina para poder ejecutar las complejas maniobras que se debían acometer en el campo de batalla.

El manejo de la pica frente a otra infantería y contra la caballería, ilustración del tratado *Precetti militari* (1670) de Francesco Marzioli, Biblioteca Nazionale Centrale, Roma.

CAPÍTULO 2 ORGANIZACIÓN Y TÁCTICA

Desde la década de 1670, varios contingentes europeos empezaron a sustituir el viejo mosquete de cerradura por un nuevo tipo de arma: el mosquete de chispa. Más ligero, más preciso, más versátil y más rápido en recargar, permitía una mayor potencia de fuego. Los holandeses fueron los primeros en dotarse con esta nueva arma, pero la introducción fue lenta; en 1672, solo unos pocos soldados contaban con ella y hasta finales del siglo la sustitución no se completó.³⁰⁵ Los ingleses empezaron a distribuirla a sus unidades en 1678, pero también, en este caso, el proceso fue lento y no culminó hasta los últimos años del siglo.³⁰⁶

En este sentido, los franceses fueron mucho más conservadores, pues retrasaron enormemente la adopción del mosquete de chispa. Las causas de la demora gala se pueden explicar en primer lugar por su elevado coste, por cierto conservadurismo de la cúpula militar –Louvois no estaba convencido de las bondades de la nueva arma de fuego– y por la gran relevancia que habían dado los generales franceses al ataque con arma blanca más que al tiro de infantería. Por ello, en 1690 solo poco más de 16 por ciento de toda la infantería francesa estaba equipada con mosquete de chispa.³⁰⁷ Solo después de la batalla de Steinkerque, con la infantería gala literalmente machacada por el mortífero fuego en hilera de holandeses e ingleses, los ministros de Luis XIV decidieron equipar a sus unidades con estos mosquetes. Sin embargo, se encontró mucha resistencia aún y la sustitución de las armas siguió siendo lenta y complicada. En 1699, el rey sol dio la orden definitiva de adoptarlo.³⁰⁸ En realidad, fue en 1705, es decir, trece años después de la primera decisión tomada por parte de los ministros del rey, cuando el nuevo mosquete devino en arma estándar de la infantería francesa.³⁰⁹



Los ejércitos españoles en estos años se mostraron algo conservadores, pues no introdujeron las nuevas armas de fuego y mantuvieron sus arcabuces y viejos mosquetes; tal decisión muchos la han interpretado como una señal más del atraso tecnológico militar de España en la segunda mitad del siglo. En realidad, el alto mando nunca se opuso a la introducción de armas de chispa y, además, la decisión de preservar este tipo de arma en las unidades españolas se debió a cuestiones puramente tácticas y no a una miopía de fondo de la cúpula militar. En primer lugar, el mosquete vizcaíno, utilizado por la infantería española, se había aligerado mucho y los soldados ya podían disparar sin horquilla. Segundo, estas armas resultaban mucho más potentes, de buena calidad y efectivas con respecto al mosquete adoptado por los demás contingentes. Además de esto, solo las unidades españolas e italianas continuaron utilizándolas, pues las valones y los regimientos mercenarios se uniformaron casi de inmediato con el estándar europeo, si bien esto comportaba utilizar mosquetes de calibre inferior y menos potentes. Y tercero, para demostrar que el alto mando en realidad no fue tan conservador, la difusión de la bayoneta tuvo de inmediato una muy buena acogida. Sobre todo en África, donde ya en 1691 el gobernador de Orán había pedido que todos sus soldados llevaran bayoneta en lugar de espadas, pero también en Cataluña en 1694 se propuso que los arcabuceros contasen con bayoneta.³¹⁰

El alcance de dichas armas era modesto. Un arcabuz era letal en un radio de 100-150 metros, mientras que el mosquete resultaba mortífero hasta los 250-300. Aunque el tiro útil de estas armas era notablemente inferior: se calculaba que un arcabuz era realmente efectivo a una distancia entre los 50 y los 100 metros, mientras que el mosquete, que disparaba una bala más pesada, garantizaba una eficacia un poco mayor; hasta los 150. Sin embargo, la máxima penetración de ambas armas se conseguía en distancias más reducidas aún: unos 40-50 metros y quizá menos. Esto obligaba a los soldados a disparar cuando el enemigo ya se había acercado muchísimo a sus posiciones. La orden de fuego casi siempre se daba cuando aquel se encontraba a unos 30 o 40 pasos (unos 25-30 metros) y a veces a menos distancia de la línea del fuego.

El manejo del mosquete, ilustración del tratado *Precetti militari* (1670) de Francesco Marzioli, Biblioteca Nazionale Centrale, Roma.

CAPÍTULO 3

LOS SOLDADOS DEL REY. LAS LEVAS EN LA PENÍNSULA

Como el resto de ejércitos de la Edad Moderna, también el español estaba constituido por soldados de diversas naciones, provenientes, por un lado, de los dominios de la Corona (Castilla y los demás reinos peninsulares, las posesiones italianas, los Países Bajos meridionales) y, por otro, de reclutas en el mercado mercenario europeo (alemanes y suizos sobre todo).¹

En todas las huestes de la monarquía, a la infantería española se le encomendaban las tareas principales, tanto en el campo de batalla como en las demás operaciones, ya que constituía la verdadera punta de lanza, el eje fundamental en torno al cual se fundamentaba la estructura militar. Una facultad debida, en parte, a las prevenciones de las autoridades militares peninsulares en cuanto a la fidelidad de las otras naciones y, en parte, a un sentimiento de superioridad guerrera ínsito en los castellanos, que representaban el trozo predominante de las infanterías del rey. Aquellos, de hecho, estaban considerados los verdaderos pilares de la monarquía, los únicos capaces de infundir vigor al resto de soldados, elementos de comprobada fidelidad.

Esta postura hundía sus raíces en las experiencias obtenidas durante el siglo XVI y en aquella fama de invencibilidad que, por mucho tiempo, acompañó a los tercios viejos en el campo de batalla. A esto se unía un *esprit de corps* típico del soldado profesional, orgulloso de formar parte de una institución que podía vanagloriarse de tradiciones antiguas y gloriosas y de la que se sentía parte integrante, depositario y continuador de todos estos valores.²

En virtud de esta supremacía ganada en los campos de batalla de media Europa, a los castellanos correspondía el derecho de ocupar el ala derecha de la formación de batalla (el más prestigioso y honorífico), eran los últimos en cesar el contacto con el enemigo, mientras que en los asaltos contra las plazas lanzaban el ataque principal y a ellos competía atravesar los primeros la brecha abierta, así como entrar en una ciudad que se rendía; mantenían la vanguardia en presencia de las fuerzas enemigas y formaban la guardia del general. Además de todas estas atribuciones, en caso de retirada ante las tropas adversarias, eran siempre ellos los últimos en abandonar las posiciones y mantenían la retaguardia, porque esta misión estaba considerada la más reputada, al ser la más expuesta al peligro de un eventual golpe enemigo.³

Ya a finales del siglo XVI las epidemias de peste de 1596-1602 habían provocado un primer problema en el sistema de alistamiento de las tropas en Castilla cuando el procedimiento tradicional basado en la leva voluntaria entró en crisis.⁴ Tal inconveniente se agudizó a mediados del siglo XVII, cuando la pestilencia de 1648-1652 asoló

las dos Castillas –Vieja y Nueva–, Extremadura y Andalucía, áreas tradicionales de reclutamiento del ejército, y la población general bajó de los 9 millones de habitantes de 1590, a los 6,5 millones de 1650. En la segunda mitad del siglo, la población peninsular permaneció sustancialmente estable y se pudo asistir a una redistribución más marcada de los habitantes y al despoblamiento de las regiones centrales (las dos Castillas, Extremadura y León).⁵

Si entre los años 1530 y 1630 fue posible enviar fuera de la Península a unos 500 000 reclutas para el servicio del ejército –un flujo de capital humano que superó en gran medida el requerido por la colonización de América–⁶ y si al final del reinado de Felipe II se estimaban necesarios cada año una media entre los 7000 y los 9000 reemplazos para reforzar las unidades empeñadas en Europa⁷ –con un sistema de reclutamiento que ya empezaba a dar preocupantes señales de agotamiento–,⁸ en la época de Felipe IV los alistamientos de soldados decrecieron de manera preocupante por una sociedad que experimentaba un evidente descenso demográfico. La reducción de la población puso en crisis el sistema tradicional de reclutamiento voluntario y estimuló la búsqueda de otros medios alternativos basados en la movilización de la aristocracia, la cooptación de las milicias, las levas forzosas y las contribuciones impuestas a las ciudades y villas para poder hacer frente a las necesidades del ejército.⁹ Además, se recurrió con intensidad, de hecho este sistema fue el más utilizado en las décadas de 1640 y 1650 para contar con los soldados que se enviaban al exterior, por ser el método más rápido para conseguir hombres, a unos asentistas que, a cambio del pago en dinero, se comprometían a entregar en una fecha determinada cierto número de alistados.¹⁰



Caballería en marcha con una ciudad bajo asedio detrás (ca. 1665), óleo sobre lienzo de Philips Wouwerman (1619-1668), colección privada.

CAPÍTULO 4

LA CARRERA DE LAS ARMAS. LOS ESPAÑOLES

Los que se pueden considerar nobles «medianos» llevaron a cabo una gran serie de levás en beneficio de la Corona y, a cambio, solicitaron el mando de la gente que ellos mismos habían contribuido a alistar y armar. El capitán de caballos Gaspar Zorrilla y Arredondo, caballero de Santiago y titular de un señorío, levantó a su costa durante la Guerra de Devolución una compañía de infantería en las Cuatro Villas de la Costa, que fue enviada a Flandes. Un servicio que fue compensado no solo con la patente de capitán de dicha compañía, sino que, en 1673, obtuvo una patente, más prestigiosa, de capitán de caballería. En 1674, volvió en la Península para servir en las filas del Ejército de Cataluña, donde se distinguió, en la década siguiente, en la defensa de Gerona.¹⁸ Juan de Torres y Tasis, caballero de Santiago, hijo del maestre de campo Francisco de Torres, alistó de su bolsillo una compañía de 80 hombres para ir a Milán.¹⁹ El sargento mayor Juan Antonio de Villena, por su parte, veterano en servicio desde 1672 en la Armada de la Mar Océana, en Nápoles y en Cataluña, levantó una compañía de 110 hombres para el Tercio de Nápoles.²⁰

Pequeños nobles, muchos de ellos descendentes de familias de militares, hicieron levás fuera de la Península para reforzar a los diversos tercios de naciones que servían en Flandes. Por ejemplo, el sargento mayor Luis de Albelda, hijo del maestre de campo general del Ejército de Flandes, Francisco de Albelda, levantó un tercio de 500 valones durante la Guerra de los Nueve Años.²¹ Al igual que su hermano, el capitán Francisco de Albelda, que se encargó de formar una compañía de caballería de su bolsillo.²² Lo mismo hizo el capitán de caballos Julián de Rojas, que levantó una compañía de su bolsillo en los Países Bajos.²³ O el capitán Juan Osorio y Balderrano, otro militar de carrera, con 22 años de servicio en los Países Bajos con participación en la defensa de Gante e Ypres, donde resultó herido tres veces, que, durante la Guerra de Holanda, alistó a 150 soldados en la región y formó una compañía.²⁴ Asimismo, el capitán de corazas Francisco de Madrid, militar de carrera que había participado en las batallas de Saint-Denis (1678) y Fleurus (1690), en 1689 reclutó una compañía de caballos.²⁵ Por su parte, el capitán Diego de Aranda, con motivo del sitio de Luxemburgo procuró levantar de su bolsillo una compañía de infantería formada con gente del país.²⁶

Miembros de las élites peninsulares siguieron comandando las huestes reales en Flandes, en Italia y en Cataluña y sirvieron como capitanes generales o como generales de los contingentes empeñados en

aquellos territorios. El duque de Villahermosa, antes de ser nombrado gobernador de los Países Bajos, había servido varios años como soldado y, al principio de la Guerra de Holanda, estaba ejerciendo el cargo de capitán general de la caballería. Personajes como el marqués de Bedmar, Isidoro de la Cueva y Benavides, que empezó su carrera militar en Milán y que después cubrió encargos importantes en Flandes como general de la artillería y, después, como maestre de campo general del dicho ejército (1690),²⁷ desempeñó, como veremos, un papel de primera importancia durante la Guerra de los Nueve Años al mando de las tropas aliadas.



Retrato de Francisco Antonio de Agurto, marqués de Gastañaga (1687), grabado de Richard Collin (1627-1697), Biblioteca Nacional de España, Madrid.

CONCLUSIONES

A la muerte de Carlos II en 1700, el dispositivo militar español en Flandes constituye, pese a la fuerte contracción en el número de tropas, una de las fuerzas más imponentes en la zona del Bajo Rin y, como nos dice Christopher Storrs: «Esto sustentaba el papel militar de Carlos II como líder del Círculo de Borgoña en el sistema de defensa imperial, que continuó siendo un apoyo –y una amenaza– potencial para los príncipes y estados vecinos». ⁵ Como en el País Bajo, en el norte de Italia, el Ejército de Lombardía continuó siendo la fuerza de combate mejor y más grande de la región. No solo las fuerzas reales eran superiores en número a las del duque de Saboya, universalmente considerado el más poderoso entre todos los soberanos italianos, y de la Serenísima República de Venecia, sino que, seguramente, estaban mucho más organizadas y mejor armadas. El papel activo asumido por las tropas españolas después del fin de la Guerra de los Nueve Años contra el duque de Mantua, con las intervenciones en Mirandola (1696-1697) y en Castiglione (1699), consolidó el prestigio de la monarquía en la península itálica, que ya había resultado bastante fortalecido gracias a la actuación de sus hombres en el transcurso de la contienda, y demostró que el Ejército mantenía enormes capacidades para actuar y golpear con dureza a los enemigos de la Corona. ⁶

No solo por la organización de sus fuerzas armadas se han vertido críticas feroces, sino también con respecto al atraso en el campo de la ingeniería militar y de las nuevas técnicas poliorcéticas. Tildaban a la monarquía incapaz de formar y mantener un verdadero cuerpo de ingenieros militares. Ya hemos tenido ocasión de subrayar que si bien es cierto que en la Península faltaban escuelas especializadas para preparar a los futuros ingenieros, en Flandes y Milán se formaron varios cientos de ingenieros que permitieron a las huestes reales mantener un papel

activo en la guerra de sitio en las dos regiones, así como que en el campo de la guerra de sitio los españoles no demostraron ningún atraso con respecto no solo a los franceses, sino también a sus aliados. Recordemos a este propósito que en la época de la Guerra de Holanda, las tropas de las Provincias Unidas no disponían de ningún cuerpo de ingenieros cualificado, una carencia que dio resultados desastrosos con Guillermo III, pues este, en más de una ocasión, se vio obligado a levantar el sitio y, junto con las unidades holandesas, tuvo que recurrir al tren de artillería del Ejército de Flandes y a sus ingenieros para poder actuar en campaña.

En la época de la Guerra de los Nueve Años, solo Francia, Holanda y España disponían, en efecto, de un cuerpo técnico cualificado de estos profesionales. A finales de siglo, los franceses mantenían a unos 300 ingenieros en servicio; los españoles y holandeses un cuerpo más modesto, con unos 100 hombres cada uno en los Países Bajos. Los ingleses no disponían de ninguna unidad orgánica de ingenieros y en 1696 se creó la primera compañía con una fuerza de solo 28 hombres. En cuanto a los imperiales, no contaban con ningún cuerpo organizado y las primeras unidades se crearon bien entrado el siglo XVIII; todo el ejército en 1687 gozaba del servicio de solo 27 oficiales expertos en el arte de defender o sitiar las plazas. ⁷

Por último, como hemos visto, sus oficiales no fueron ni mejores ni peores que los de sus contrapartes y entre ellos hubo un gran número de auténticos profesionales de la guerra. Aunque muchos de los defectos se imputaron a la maquinaria bélica española, en realidad estos eran comunes al resto de huestes del momento, incluida la francesa, así como la venta de grados, la concesión de plazas de mando a cortesanos inexpertos del arte militar o a jóvenes imberbes hijos de grandes títulos del reino.



Gran desfile de la guardia cívica de Amberes en la plaza de Meir (1673), óleo sobre lienzo de Nicolaas van Eyck (1617-1679), Museum Vleeshuis, Amberes.



Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

